



CAPITULO DÉCIMOQUINTO

El terror blanco, los realistas y el hambre.

Las corporaciones valen por el alma, del mismo modo que los individuos, y el alma de las corporaciones es el ideal que las inspira, ó la necesidad social que satisfacen: ideal ó necesidad, digo, porque ambas palabras expresan el mismo objeto, aunque visto por distintas caras, siendo la necesidad el aspecto externo del ideal, y el ideal el aspecto interno de la necesidad, á la manera que en el individuo la sensación es el aspecto interno del movimiento nervioso. Como individuos colectivos, las corporaciones recorren en el curso de su vida edades análogas á las de los organismos, y mueren también como éstos. Cuando el ideal se extingue por haber sido realizado, cuando la necesidad desaparece por haber sido satisfecha, las corporaciones pierden su cohesión y se descomponen, roídas por los terribles gusanos del egoísmo, la presunción, la soberbia, el odio, el rencor y la venganza. Sin conciencia, sin finalidad, sin consistencia, caen bajo el dominio de las influencias externas de los agentes generales sociales, que las empujan y agitan, las llevan y las traen de un extremo al otro, hasta que acaban por barrerlas. No de otra suerte vivió y murió la Convención. La necesidad de defender la patria, amenazada de muerte por la coalición de los reyes, le dió vida, y su ideal fué la república una é indivisible, esto es, el sacrificio de todos los intereses y sentimientos al supremo interés y sentimiento de la patria. Realizó este ideal con valor heroico, con crueldad implacable, hasta un extremo inverosímil, el extremo del terror. Nada de lo individual, nada de lo particular respetó. Consideracio-

nes, afectos, deberes, la amistad, la familia, todo fué sacrificado, enviándose á la guillotina á todos los que por cualquier causa, hasta por una tenue divergencia de ideas, pudieran estorbar de algún modo al establecimiento de la República una é indivisible; que exigía la salvación de la patria. Organó fidelísimo de este ideal fué Robespierre, y de aquí le vino su fuerza, aquella fuerza incontrastable con la que derribó á personalidades eminentes, de mérito y valimiento muy superiores á los suyos, tales como Vergniaud y Danton. Mas el día en que, merced á aquel esfuerzo colosal, monstruoso, nunca visto, la república triunfó de los reyes y los expulsó de sus territorios é invadió á su vez los de ellos, trocándose de agredida en agresora, aquel día, salva y segura la patria, la República una é indivisible dejó de ser sentida, el ideal de la Convención se desvaneció, y su representante, Robespierre, el vencedor de gigantes, fué derribado á su vez: ¡y por quién!, por sus propios esclavos, por una docena de felones y malandrines, peores todos que él, sin que el gran jefe jacobino mostrase en la lucha la resolución que otras veces, ni acudiese el pueblo á defenderle y aclamarle con la energía y unanimidad acostumbradas. Donde no hay ideal, no hay victoria ni vida. Desde este instante, la Convención fué un cadáver. De nada sirvió que tratase de reconstituirse llamando á su seno á los girondinos arrestados y á los proscritos; tanto peor: cada elemento que reingresaba en ella aportábale amargos recuerdos, agravios que vengar, venganzas que satisfacer. Sin pensamiento y sin guía, presa de intereses mezquinos y bastardas pasiones, sin solución para ningún problema, ni siquiera el económico, todo lo descompuso y desbarató: fuera, desorganizó los ejércitos; dentro, provocó por doquier la anarquía. El terror blanco en el Sudeste; la insurrección realista en Bretaña y la Vendée; los tumultos populares en París, hé aquí el triste cuadro que ofrece la Convención en las postrimerías de su vida, y que nos cumple bosquejar ahora.

¡Tras el terror rojo, el terror blanco! La venganza engendra la venganza. Los oprimidos de la monarquía se habían vengado de sus seculares opresores; los perseguidos por el terror se vengaban ahora de sus efímeros perseguidores. Pero ninguna de estas venganzas dimanó de iniciativas individuales y libres, sino de corrientes sociales ineluctables. La libertad es en la Historia un factor insignificante; la esfera de su acción, muy limitada. A donde ella no alcanza, domina soberanamente la influencia de la masa, la fuerza social. Con frecuencia, á diario, la corriente social penetra en la misma esfera de la conciencia y encadena la voluntad, siendo el individuo juguete de la ley precisamente cuando se figura ser más libre. Hubiéraseles preguntado á Robespierre, Sain-Just y Billaud si obraban libremente en las resoluciones que tomaban como individuos del Comité, y seguramente habrían mandado llevar al manicomio al interpelante; y, sin embargo, es evidente que no obraban por su iniciativa individual, sino á impulso de una fuerza externa. Robespierre era, en su vida privada, virtuoso, piadoso, creyente; como gobernante fué duro, cruel,

CAPITULO DÉCIMOQUINTO
BIBLIOTECA ALFONSO X

sanguinario. Saint Just era bondadoso, cobarde, incapaz de matar una mosca; y puesto en la tribuna de la Convención, era capaz de pedir las cabezas de todos los franceses. Billaud, el furioso, el vampiro, el ultraterrorista del Comité, fué modelo en América de buenas y suaves costumbres. Ni el terror rojo ni el terror blanco fueron obra de la voluntad individual, sino de la corriente colectiva. Si alguna duda quedara acerca de la verdad de este aserto, desvaneceríala la consideración del país en donde principalmente se desarrollaron estas dos extremas y opuestas manifestaciones, á saber: el Mediodía, la Provenza, tierra trastornada por sinfin de revoluciones, impregnada de odios inveterados, la patria de los albigenses, aquellas gentes sencillas, honradas, laboriosas, ilustradas y ricas, que barrieran la maldición de Inocencio III y la espada de Simón de Monforte, donde se ama con frenesí, se odia hasta el exterminio, y por lo mismo que se siente hondo, no se olvida jamás. Cuando la familia Levis se presentó en mil ochocientos quince á reclamar sus bienes, se le contestó que los había recibido en mil doscientos de las manos malditas de Simón de Monforte. Hijo de albigense era Nogaret, que devolvió al Papa en mil trescientos la bofetada que en mil doscientos el Papa había inferido á su pueblo; y sangre albigense corría por las venas de muchos protestantes de mil quinientos. Si de lo religioso pasamos á lo social, en ninguna parte fué la humanidad tan maltratada como en Provenza, donde la aristocracia burguesa, con un egoísmo brutal, explotó y envileció sin compasión al pueblo. Estas violencias tuvieron un vengador, Challier, que pereció á manos de los girondinos, tres veces guillotinado; vengadores del vengador fueron Collot y Fouché, representantes en comisión, y los jueces Fauvety y Fernex, cuyos excesos provocaron las tremendas represalias que se desencadenaron ahora.

Condición inherente á la naturaleza humana es el progreso. El hombre progresa siempre, en el mal lo mismo que en el bien. No se concebía nada, en crueldad y en ferocidad, más allá del terror rojo; el terror blanco vino á demostrar lo contrario. El terror rojo jamás prescindió de ciertos respetos: más ó menos apasionado y tirano, mantuvo siempre un Tribunal, que con frecuencia absolvió, las ejecuciones se efectuaron públicamente y su instrumento fué el reputado por más suave, la guillotina. El terror blanco no guardó ningún miramiento: prescindió de jueces y de juicios; ejecutó por sorpresa y á traición, y sus instrumentos fueron el puñal y el fuego. El terror rojo tuvo «las furias de la guillotina», mujeres del pueblo, pobres é ignorantes, que iban á presenciar de cerca las ejecuciones y aplaudirlas; el terror blanco tuvo «las furias del puñal», mujeres ricas, elegantes y bellas que desdeñaban á sus amantes delicados y les reconvenían con las duras frases de «Sois unos cobardes; no sabéis matar;» que se iban de día á trabajar confundidas en el sanguinario bando de ladrones y asesinos, y de noche concurrían al salón, serenas y altivas, poniendo especial cuidado en que su blanca mano guardase una manchita de sangre. El terror rojo persiguió un fin desinteresado y noble, que si no lo justifica, lo explica, el de

salvar la patria, desgarrada dentro por la guerra civil é invadida en las fronteras por los ejércitos de la coalición, y así se empleó en los que, á juicio de sus directores, conspiraban contra aquel fin, eran un estorbo ó no prestaban el debido concurso para alcanzarlo; el terror blanco no puede invocar nada que lo justifique ó explique, no respondió á ninguna necesidad ni persiguió ningún fin levantado; fué, simplemente, la brutal satisfacción de odios y venganzas. Como consecuencia de estas diferencias, el terror rojo se desarrolló poco á poco, á medida que se fué agravando la necesidad social que lo provocara; el terror blanco surgió de repente, estalló como una bomba con motivo de la absolución de Fernex.

Desde el nueve de Thermidor, los emigrados y sacerdotes refractarios, haciéndose pasar por patriotas oprimidos, fueron regresando poco á poco á Lyon, Marsella y otras ciudades de la cuenca del Rhódano, donde excitaron y caldearon á los que habían sufrido persecución del Terror, encendiendo en todos la sed de represalias. Estos furiosos repatriados se constituyeron en guardia nacional contra los jacobinos; recibieron armas de los representantes en comisión, y abrieron á las mujeres nueve iglesias, que fueron otros tantos centros de fermentación y propaganda. Insensiblemente, los *buenos obreros* sin trabajo, sinnúmero de personas que se morían de hambre y se llamaban soldados del sitio, se organizaron en bandos destinados á ser instrumentos del contra-terror, los cuales tomaron el título ya de «Compañía de Jesús», ya de «Compañía del Sol». El primer título era un símbolo realista, la antigua divisa de Luis XVI; el otro, impía profanación del nombre de Cristo, revela la inspiración del fanatismo religioso. El realismo se manifestó primeramente en la turbamulta de sacerdotes y mujeres que se apiñaban en las iglesias y que, mientras las autoridades celebraban la fiesta oficial de la muerte del tirano, ellos le canonizaban desde el púlpito, le tributaban honras fúnebres, leían su testamento, y los corazones se enternecían, las mujeres lloraban se exaltaban y, en el paroxismo del frenesí, pedían la sangre de los incrédulos, de los infames revolucionarios. Llegó, en esto, el proceso de Fernex, obrero de seda, individuo que había sido de la tristemente famosa comisión de los Cinco, y uno de los dos que habían condenado siempre. Este bárbaro alegaba que había matado en conciencia, como jurado escrupuloso, en virtud de la ley. Su carta á Robespierre, en la que vierte sus escrúpulos con cierto lamento de humanidad, es el único rasgo simpático que ofrece su triste memoria. El nuevo Tribunal de Lyon le absolvió; pero al salir de la audiencia, una muchedumbre frenética, ebria, de hombres y mujeres, se arrojó sobre él, le arrastró, le mutiló, le atijereó y le arrojó expirante al Rhódano. Desde este instante se desencadenaron coléricas, ciegas, las furias de la muerte. Se levantaron listas de proscripción contra los denunciadores, contra los jacobinos, que fueron cayendo unos tras otros, ya individual ya colectivamente. Se mataba por capricho, sin regla, pero no gratis; porque los hijos de Jesús robaban también cuanto las manos podían atrapar. A

pistoletazos, á cuchilladas, á bastonazos se asesinaba indistintamente á hombres y mujeres, en las calles y en el umbral de la puerta de sus casas, y se echaban los cadáveres al río. De los terroristas se pasó á los republicanos, renunciándose al pretexto de la venganza contra los verdugos, y desde Pascua, no hubo revolucionario, independiente ó moderado, que pudiese contar segura su vida. De las iglesias, los asesinos pasaron á reunirse en las tabernas, que se veían siempre atestadas, y donde hombres generosos pagaban con esplendor todo lo que se gastaba, lo que resultaba muy agradable en aquellos tiempos de tanta miseria. ¿De dónde salía el dinero? De Inglaterra. Entre Febrero y Marzo fué á establecerse en Suiza, no lejos de Lyon, el gran intrigante inglés Wickam, con inmensas cantidades de oro y de falsos asignados, que derramó á torrentes por el Mediodía, organizando una comunicación regular de Basilea á Besançon y á Lyon. De la generosidad de Wickam, se puede calcular por la frase de Montgaillard: «El inglés sólo teme una cosa: no gastar bastante;» y por la de Fauche-Borel: «Este furioso cajero, á los mayores pedidos contesta siempre: «No, no es bastante.»

La Convención no pudo menos de conmoverse á medida que le llegaban las noticias de los asesinatos perpetrados en el Mediodía. Chenier, bien reputado por sus talentos literarios y opiniones francamente republicanas, bosquejó un cuadro brioso del estado de Francia, y propuso: entregar á los tribunales á todo emigrado repatriado; castigar con seis meses de cárcel al que violase la ley de cultos y se apoderase por la fuerza de las iglesias; desterrar al escritor que indujese al envilecimiento de la representación nacional ó á la restauración de la monarquía, y obligar á las autoridades encargadas de desarmar á los terroristas á exponer los motivos del desarme. Louvet, el fogoso girondino, pronunció elocuentísimo discurso, conjurando á todos los amigos de la República á olvidar sus disidencias y recíprocos agravios y unirse contra el enemigo más antiguo, el único verdadero que tuviesen todos, la monarquía. Esta declaración, de labios del diputado que había desafiado la más cruel proscripción por combatir el sistema de los medios revolucionarios; causó efecto tan grato y profundo en la Asamblea, que ésta acordó imprimir y enviar el discurso á toda Francia y votó íntegra la proposición de Chenier. La respuesta que dieron á este decreto los contrarrevolucionarios de Lyon fué espantosa. El cinco de Mayo, diez y seis Floreal, trescientos compañeros de Jesús y del Sol se fueron, al salir del teatro, á las tres cárceles en que se custodiaba á los jacobinos acusados de haber cometido excesos durante el Terror, y las asaltaron. A una de ellas, como los presos se defendiesen con vigor, al extremo de matar á varios de los agresores, éstos le pegaron fuego, pereciendo quemadas ó asfixiadas ochenta y seis personas, entre ellas seis mujeres. Vióse á una madre, con su hijo en brazos, arrojarse á las llamas de lo alto de una torre. Los representantes comisionados y las autoridades consentían estos degüellos, si es que no los secundaban. Mostróse esto claramente ahora, en que, habiendo sido entregados algunos de

estos facinerosos al tribunal de Roanne, éste los absolvió. Del pueblo no digamos, sobresaliendo en furor y sed de sangre las mujeres. En triunfo fueron recibidos en Lyon los asesinos absueltos; mujeres elegantes les echaron flores, y, lo que parece inverosímil, se les coronó por la noche en el teatro. De los puntos que llegó á calzar el fanatismo religioso y realista en el pueblo, puede juzgarse por lo que les pasó á los nuevos magistrados, con ser todos ellos girondinos y tolerantes, y fué, que se les aisló por completo, en términos de no poder cumplir sus funciones, ni siquiera vivir: los mozos les abandonaron, las piadosas criadas se negaron á servirles, y ni un solo vecino se prestó á notificarles ni nacimientos, ni matrimonios ni defunciones.

El ejemplo de Lyon fué seguido en toda la cuenca del Rhódano, donde al gobierno de la guillotina pareció haber sucedido el gobierno del puñal. Los representantes enviados en comisión después de Thermidor, débiles los unos y furiosos reaccionarios los otros, sólo se ocupaban en perseguir á los jacobinos, sin comprender que ya no estaba en esta parte el peligro. Como no preveían nada, nada podían impedir. Gravísima falta fué haber comisionado para Provenza á un hombre como Isnard, dominado por sus resentimientos, incapaz de moderación ni de imparcialidad. Antes, en París, había provocado el treinta y uno de Mayo con sus bravatas insensatas; ahora, en Provenza, encendió, con sus furiosas declamaciones, las pasiones vengadoras que estaba obligado á reprimir. Desde el balcón de la Casa capitular, se le oyó predicar á los marseleses: «Si no tenéis armas, tomad los huesos de vuestros padres degollados». Solamente así se explican las horribles matanzas de presos, en pleno día y con frecuencia ante numeroso público, que acudía á celebrarlas. Sabedores los compañeros del Sol de que se iba á juzgar en Aix á los jacobinos marseleses acusados de sedición, parten armados para el lugar del juicio, sin que el representante Chambón, á la sazón en Marsella, tomase precaución ninguna para atajar sus proyectos, y en Aix, fuerzan é incendian la cárcel, degüellan á setenta y tres prisioneros, tres de ellos mujeres, una de las cuales fué despedazada con un niño de cuatro meses en brazos. ¿Qué medida se tomó para castigar á los asesinos? Ninguna. Ocurrió esto el once de Mayo. El veinticinco, tocó la vez á Tarascón, donde unos trescientos enmascarados invaden la cárcel y arrojan desde lo alto á todos los prisioneros jacobinos, siendo lo más triste de esta escena que habían concurrido á presenciarse y aplaudirla, sentadas en sillas á lo largo de la calzada del Rhódano, emigrados repatriados, sacerdotes y mujeres, toda la sociedad contrarrevolucionaria. Otro detalle hubo en este degüello, que nos permita medir el grado de ferocidad, de demencia de aquellos salvajes. Sobre las víctimas, clavaron con puñales carteles, que decían: «Se prohíbe sepultar bajo pena de la vida;» y en efecto, los cadáveres quedaron insepultos, siendo pasto de perros y de cuervos. De manera semejante fueron asesinados un mes después los presos de otra cárcel que había en Tarascón, y durante este tiempo, toda la Provenza fué teatro de espantosa car-